

pues de Jesucristo, que en vano intentarían radicar los césares romanos, por ser superiores al poder humano los obstáculos que encontrarían en el entendimiento y corazón del hombre; se propaga y arraiga á despecho de la contradicción de los emperadores y de tantos impedimentos insuperables; y sale victorioso del empeño que formaron por algunos siglos los potentados de la tierra en aniquilarlo, ahogándolo y destruyéndolo en sus principios. Porque desde la eminencia de su cruz, desde la concavidad de su sepulcro desatenta y ciega Jesucristo su política, frustra todo su poderío, fija su silla en sus propios templos, sube sobre sus tronos para estampar en ellos en algún modo el sello de su divinidad, para enseñarles á imitar su beneficencia, para enseñar á sus súbditos á respetar en el poder de sus señores la autoridad del supremo Dios, para hacerlos reinar con mayor majestad, y para recibir el tributo de sus adoraciones. Él manda á las naciones, y todas le obedecen: manda que el mundo se haga cristiano, y todo el mundo se hace cristiano. ¿En qué obras, por estupendas que sean, reconoceremos la mano de Dios, si no la reconocemos en el más incomprendible y más celestial de sus prodigios? De aquí se derivan dos importantes consideraciones.

Consideración primera, de donde habéis de sacar mayor estímulo y aumento de vuestra fe. Fúndola en estas palabras de san Agustín: *quisquis adhuc ut credat prodigia inquirat, magnum ipse prodigium est qui mundo credente non credit*. El hombre, que después de la conversión del mundo, pide y espera todavía milagros para creer lo que el universo ha creído, él mismo es un prodigio más asombroso que el milagro que pide. Desentrañemos el pensamiento de este admirable doctor. La incredulidad, dice, después de la conversión del mundo á la Fe, es un misterio ó prodigio incomprendible; prodigio, digo, de soberbia; porque se cree el hombre dotado de más perspicacia, discurso, entendimiento y capacidad que cuanta tuvieron los sabios más célebres que hubo en el mundo en los siglos más ilustrados y doctos, pues se lisonjea de ver lo que no alcanzaron á ver los mayores hombres, á quienes imputa el haber errado torpemente y cegándose en el punto y negocio que más les importaba no engañarse, y en materia en que les era facilísimo no padecer engaño. Todo lo cual es una vanidad y presunción intolerable; pero tal es el carácter general de todos

los incrédulos: podrán acaso estar adornados de algunas virtudes; pero fáltales una esencialísima, que es la modestia, aquella virtud, digo, amabilísima, que ni conoce el desatinado orgullo del injurioso desprecio de los demás, ni la arrogancia de una loca estimación de sí mismo: *prodigium est*. Prodigio también de indolencia y desaplicación en meditar y en examinar las materias; porque los progresos y propagación del Evangelio contrapuesto á los impedimentos que venció, bastan para acreditar incontrastablemente su verdad; siendo como es una religión tan enemiga de las preocupaciones y de las pasiones, tan apartada de los caminos ordinarios de la razón y tan bravamente combatida por la autoridad; una religión en fin que nadie podía abrazar, sin correr peligro de la vida, ni podía declararse su discípulo, sin resolverse á aumentar el número de sus mártires. Si la evidencia pues de los milagros no grabó la estampa de la divinidad sobre lo profundo é incomprendible de sus dogmas, y sobre el rigor de sus leyes, nos veremos obligados á decir que el error, y un error notorio, grosero y palpable, triunfó de las luces de la razón, de la fuerza de las preocupaciones, de la resistencia del entendimiento, de la rebeldía del corazón, de la autoridad de las leyes, de los incentivos del deleite, de los intereses de la fortuna y de los estímulos de la fama y del honor; misterio más incomprendible que todos los de la Fe; milagro más estupendo que todos los que no quieren creer los incrédulos, y en fuerza del cual miraremos siempre como una especie de prodigio al que no se avergüence de dar á luz unos devaneos y delirios que apenas se podrían sufrir soñados, estampándolos con intención de ensalzar un siglo de luces é ilustrado, cuyo oráculo se precia de ser: *prodigium est*. Prodigio de temeridad en resolver, y de atrevimiento en excogitar é inventar hipótesis ó supuestos voluntarios y quiméricos. Por más que los incrédulos se fatiguen por explicar el misterio de la conversión del mundo, por más conjeturas que discurran, por más que se consuman en vanas sutilezas, no lograrán otra cosa que ilustrar más las verdades que pretenden oscurecer. Desengañémonos: la conversión de un mundo idólatra en un mundo cristiano, no puede ser obra sino de la multitud y de la evidencia de los milagros, cuya voz y autoridad arrancó al entendimiento, á pesar de tantos impedimentos y resistencias, el convencimiento más íntimo, más absoluto y más general. No

negará en efecto el incrédulo que los sentidos, la imaginación, las preocupaciones, las pasiones, el respeto humano, la profundidad incomprendible de los misterios, y la sublimidad de la moral cristiana eran otros tantos obstáculos contra la Fe. ¿Quién se ganó pues á los hombres para Jesucristo? El interes? Ah! el Evangelio no prometia ni intimaba sino virtudes, y prohibia la posesion de todas las demas cosas. La política, la autoridad? No subyugó por cierto el ejemplo de los reyes á sus súbditos; ántes que los emperadores recibiesen el bautismo, ya el imperio era cristiano, y Constantino siguió el ejemplo de los otros, no lo dió. Si hubo política en alguno, no la usó el pueblo para congraciarse con el soberano, sino el soberano para captar la benevolencia del pueblo. Primero acogió en su seno la Religion á los vasallos y despues á los reyes, para dar á entender Jesucristo que no debe nada al mundo, ántes el mundo lo debe todo á Jesucristo. Atribuir á la prudencia humana los triunfos del Evangelio, es defraudar á Dios de sus derechos, y atribuir al hombre lo que no es suyo; ceguedad y traicion prodigiosa: *prodigium est*. Prodigio de independenciam, que temerariamente se despeña en racionios, mas á propósito para fundar el imperio de la Religion, que para destruirlo. Me explicaré. Cuando el incrédulo é impío filósofo, enemigo declarado de nuestra santa Fe, encarece con tan vana confianza las aparentes contradicciones de la doctrina del Evangelio; cuando expone sus dudas y sospechas contra los milagros de Jesucristo; ¿cómo está tan torpemente ciego, que no solo no advierte que la conversion del mundo corresponde plenamente tanto á la doctrina como á los milagros, sino que convierte contra él toda la fuerza de sus argumentos? ¿cómo no echa de ver que nos pone la ocasion en la mano de estrecharle con este argumento sin respuesta? En medio de esas contradicciones aparentes, de esas sospechas y dudas, de esas sutilezas y sofisterias, de que se valió y echó mano el comun interes de todas las aficiones y temores que tiranizan el corazon humano, vemos que el mundo se declaró discípulo y adorador de Jesucristo; vemos por otra parte que los hombres que con tantas y tan tenaces contradicciones se resistian á la predicacion del Evangelio, los que para abrazar la Religion tuvieron que vencer las mismas dificultades contra que tú tienes que luchar para desertar de ella, educacion, ejemplos, autoridad, respetos debidos á la religion del

príncipe y del estado; hombres que para estrecharse mas y mas con la Religion, tuvieron que hacer guerra á cuanto á ti te aparta de ella, pasiones, amor á la libertad, incomprendibilidad de misterios, rigor y severidad de la moral; hombres, que para dedicarse al culto de la Religion tuvieron que renunciar á intereses que tú no aventuras, fortuna, vida, honra; vemos, repito, que estos hombres despues de haber disputado largamente, despues de haber dudado y de haberse resistido, tuvieron en fin que rendirse y darse por convencidos con los argumentos que probaban la verdad y divinidad de la Religion: luego tus sutilezas y sofisterias pesadas en el contraste de su razon, qué tanto interes tenia en darles crédito, han sido reputadas por vanas y frívolas; luego para dar á la Religion la gloria que ellos le dieron, y para prestarle el obsequio que ellos le prestaron, imitándolos en su fe, solo te falta á ti tener como ellos un entendimiento perspicaz, sano y consecuente, un corazon bueno y bien inclinado, y las pasiones sujetas y domadas: *prodigium est*. Prodigio de mala fe en las comparaciones injustas que se contraponen á la milagrosa conversion del mundo. No me detendré yo ahora, amados oyentes míos, á manifestaros la notable diferencia que hay entre el establecimiento de la Religion y el reino de la idolatría. Porque ¿ignoramos acaso el poder que ejercen las pasiones contra la verdad? ¿ignoramos que del centro de un corazon pervertido se levantan negros vapores que ofuscan al entendimiento, y que cuando una doctrina ha dado el primer paso haciendo de su bando á la concupiscencia, pronto da el segundo de conseguir que la razon la apruebe, ó á lo ménos que se adormezca? No os pondré delante tampoco los temperamentos políticos de la conciliacion, los halagüeños incentivos de la lascivia, la violencia y terror de las almas, con cuyo auxilio introdujo Mahoma en tantas naciones la creencia de sus ficciones y delirios; ni os diré que su doctrina hallaba poca contradiccion en el entendimiento de los hombres, y ninguna en sus costumbres, en sus inclinaciones y en su corazon; que los peligros de perder la hacienda, la vida, la honra solamente amenazaban á los rebeldes y á los que se resistian; que sus predicadores, que hacian oficios de conquistadores, no de apóstoles, enseñaban con espada en mano; que hacian mártires á otros, pero ellos nunca aspiraban al martirio; que siendo perseguidores siempre y nunca perseguidos, no eregian el altar

de su profeta sino sobre ruínas y destrozos, ni afirmaban sus cimientos sino con sangre de extranjeros. Solo me contentaré con deciros, que si queréis apocar el milagro de la conversión del mundo con algun paralelo ó comparacion digna de la atencion y exámen de los hombres de juicio, habéis de alegar una doctrina, que para establecerse y propagarse por el mundo, no haya encontrado socorro ni ayuda alguna en la educacion y en las preocupaciones, ni en los sentidos é imaginacion, ni en las pasiones é inclinaciones, ni en las ideas é intereses, ni en los temores y esperanzas de sus discípulos, ni en la ciencia y talentos, ni en el poder y autoridad de sus maestros. Una doctrina que impugne todas las opiniones recibidas y establecidas, una doctrina que no lisonjee á la vanidad ni al deleite, que la independenciam y libertad de que despoja al corazon, no la conceda al entendimiento, ni recompense la aspereza del yugo que impone al entendimiento, con la licencia que permita al corazon; una doctrina que no se mantenga ni sustente por el valimiento de los grandes, ni por los artificios de los políticos, ni por la fama de los sabios, ni por la elocuencia de los oradores, ni por el poder de los reyes, ni por los ejércitos de los conquistadores; una doctrina acrisolada y comprobada con las mas violentas y largas persecuciones, sellada con la sangre de una innumerable multitud de mártires; y mártires, no de dogmas, en cuya creencia puede padecer el entendimiento engaños, sino mártires de sucesos palpables, que nadie puede figurar ni fingir á la vista de otro; una doctrina en fin que se propaga y perpetúa bajo el acero de los tiranos, y que resistiéndolo el mundo, se hace señora del mundo. Pero cierto estoy que no alegarán nuestros filósofos modernos, ni aun les pasará por la imaginacion alegar una doctrina, en cuyo establecimiento concurren todos estos rasgos y propiedades. Bien creo que se prometerán descubrir algunas de ellas en la idolatría, en el mahometismo, en las sectas y en las herejías que han afligido á la Iglesia de Jesucristo; mas ¿quién ignora que no hay rasgo particular de alguna verdad moral, que no pueda ser imitado y copiado por la mentira? ¿quién ignora que solo el conjunto, la concurrencia, el complexo de propiedades y señales forma el sello completo, y la marca y cuño auténtico y legítimo de la verdad? Este conjunto pues, este complexo solamente se halla en nuestra Religion; y por consiguiente al paso que la conver-

sion del mundo es un milagro evidentísimo que califica la verdad de la Religion, la incredulidad del libertino es un prodigio que arguye, ó lo limitado de su entendimiento, ó la furia de sus pasiones: *prodigium est*. Prodigio de contumacia que toca en lo sumo del furor, y que precipita en el abismo de las mas horribles contradicciones. Resumamos brevemente toda la sustancia de este discurso. Es certísimo (y en efecto la incredulidad mas desvanecida con sus conjeturas y nuevos argumentos no se ha atrevido á negarlo en sus famosos é injuriosos libelos) es certísimo que la Religion ni se estableció ni pudo establecerse en el mundo, sino triunfando de las preocupaciones del entendimiento, de las rebeldías del corazon, de los impedimentos del poder y de la autoridad; y por consiguiente triunfando de la resistencia y oposicion de todos aquellos motivos y estímulos que pudieran inducir en el hombre inaplicacion, error y engaño. Con todo eso pretende el incrédulo que su establecimiento carece de pruebas que acrediten suficientemente su origen verdadero y divino. Pero, ó hombre ciego, abre esos ojos, y considera el precipicio en cuya márgen te hallas, y ¡ojalá que todo estremecido te retires atras! ¿Con que segun eso se habrá establecido la Religion en el mundo, sin ofrecerle incentivo alguno de preocupaciones ó de razon, de pasiones ó de luz, de autoridad ó de convencimiento, de aficiones ó de inteligencia, de interes ó de persuasion, de error ó de verdad? ¿Con que se habrá establecido la Religion en el mundo, sin ofrecerle motivo alguno á propósito para ilustrar al hombre, ó captarle la voluntad, encaminarle á la verdad, ó apartarle de ella? ¿Con que la Religion se habrá establecido en el mundo destituida de todos los motivos que nos mueven á creerla, y de todos los que nos determinan á no creerla; esto es, de todos los de preocupacion y de costumbre, que segun vuestro sentir constituyen ahora al cristiano, y sin los motivos de razon y de reflexion, que segun vuestro dictámen constituyen al incrédulo; esto es, de todos los motivos de orgullo y de presuncion, de libertad y de impunidad, que segun nuestro juicio constituyen al incrédulo; y de todos los motivos de razon sosegada y modesta, de costumbres inocentes y honestas, que segun nuestra opinion constituyen al cristiano? Segun esto el mundo cree contra todas sus inclinaciones y su razon, contra sus preocupaciones y sus luces, contra la mayor debilidad y la mayor robustez del entendi-

miento, contra todas las razones y motivos para no engañarse, y contra todos los intereses y motivos de amor propio, de fortuna, de vida y de honra que podrían perderle. Luego de aquí resulta un mundo que cree sin tener motivo de creer, y contra todos los motivos que hay para no creer; un mundo que cree y no cree, porque no hay creencia donde no hay algún motivo de credibilidad; un mundo por consiguiente, que por una parte es cristiano, y por otra no lo es; un mundo poblado enteramente de mentecatos, que ya son hombres, ya no lo son. Gran Dios! vengada queda vuestra gloria, y no tiene necesidad vuestra Religion de nuestro zelo, pues el incrédulo canta y confiesa la victoria mas completa de su verdad, cuando para defenderse contra la Fe, se ve reducido á inventar racionios, tan evidentemente reprobados por la razon: *quisquis adhuc prodigia ut credat inquirat, magnum ipse prodigium est qui mundo credente non credit.*

Ya veo, amados oyentes míos, que semejante delirio y un abuso tan escandaloso de la razon humana os asombra y consterna, y que se os parte el corazon de dolor, al reconocer en este castigo aquel espíritu de ceguedad deplorable, que acostumbra su Majestad divina, cuando quiere vengar su poder y sabiduría infinita ultrajada y menospreciada, infundir en las cabezas, mas cabales por otra parte y mas enteras: *Dominus miscuit in medio ejus spiritum vertiginis* (1). ¿Qué seria pues, si me permitiese el tiempo acabar de confundirlos, comparando el establecimiento de la Religion, que tanto procuran deprimir y degradar, con el establecimiento y progresos de la irreligion, de que se glorían de ser los fundadores? No haré mas que insinuar el pensamiento, dejándoos á vosotros el cuidado de desentrañarlo y ahondar en él profundamente con la consideracion. Si la Religion, como queda deducido, solo pudo establecerse en el mundo derribando la fuerza de las preocupaciones, la rebeldía de las pasiones, los impedimentos de la autoridad y valimiento humano, únicamente pudo fundarse ayudada de los argumentos mas incontrastables, del convencimiento mas absoluto, triunfando de cuanto conspira al error, y estribando solo en lo que facilita el camino á la verdad: luego la Religion es verdadera, si ya no es que se haya concedido al error el pri-

(1) *Isai. c. 19. v. 14.*

vilegio de revestirse de todas las propiedades y caractéres de la verdad, y desnudarse de todas las señales y propiedades de la mentira. Comparád ahora pues esta pintura que acabáis de oír, con el establecimiento y progresos de esa filosofía, exterminadora de la Fe. Esa filosofía, digo, que para establecerse y propagarse disfruta de toda la vehemencia impetuosa de nuestros errores, de la agudeza del ingenio y de lo mas culto que tiene la corte; de la aprobacion y el ímpetu de los apetitos y concupiscencias del corazon; del crédito, estímulo y aliento que comunican los aplausos y adoraciones de una multitud viciada y pervertida, que anhela por la disolucion de las costumbres, por la paz y tranquilidad de sus pasiones, por la libertad é impunidad de los desatinos que la soledad y la noche ocultan á la vista de los hombres: ella logra los elogios de los sabios y de los grandes, que esclavos de una emulacion indiscreta quieren separarse de los caminos ordinarios, aspirando á la opinion y fama de hombres de entendimiento superior que piensan y entienden por sí mismos; goza de las condescendencias y del silencio del respeto humano, que alguna vez parece se ha llegado tambien á apoderar del santuario, desamparando la causa de la Fe por no ser el blanco de los insultos y ultrajes de la impiedad; no encuentra resistencia sino en las sacrosantas leyes de una Religion que pide demasiados sacrificios para ser atendida y obedecida; y en el grito de una razon modesta y circunspecta, que no es consultada; y en los bienes y suavidades de la virtud, que se lamenta de verse vilipendiada por las insolencias del vicio, cuya jurisdiccion y derechos ensanchan y apadrinan tanto las especulaciones modernas. Ved ahora pues cómo esta filosofía, exterminadora de la Fe, solo se establece y propaga ayudada de cuanto conspira al error, y despreciando lo que conduce á la averiguacion de la verdad: luego no es otra cosa que ficcion y mentira, á no ser que la verdad por alta permission del cielo se vea condenada á revestirse de las apariencias, propiedades y caractéres del error. ¿Qué pensáis pues por consiguiente que hace el incrédulo, cuando siembra unas veces por todo el universo y destila el veneno de sus sacrílegas sátiras contra el establecimiento de la Religion, y le llena otras de los ecos de los aplausos, con que encarece el establecimiento y progresos de la irreligion? No hace otra cosa que sustituir un prodigio á otro prodigio. Al prodigio de la sana y recta razon,

de la constancia inalterable, de las virtudes mas heroicas, que supieron triunfar de las preocupaciones del entendimiento, de la rebeldía del corazon, de las contradicciones que oponia la fuerza y autoridad humana; á un prodigio digno de vuestra veneracion eterna, obra marcada con el sello de Dios, que es el únicamente poderoso para levantar al hombre sobre el hombre mismo; á este prodigio, repito, sustituye el incrédulo otro prodigio de presuncion y de orgullo indómito, de libertad y de pasiones desenfrenadas, otro prodigio de sutilezas y sofisterías, calificadas de pensamientos profundos, otro prodigio de maestros y doctores sumamente arrojados en sentar proposiciones sin probar ninguna, y de discípulos desalumbrados, esclavos de la autoridad ajena, sin estar convencidos. En lugar del verdadero Dios, criador y señor absoluto del universo que formó de la nada, y de las leyes que le impuso, sustituye el incrédulo el prodigio de un Dios de poder limitado y sujeto al fatalismo; prodigio que no puede ser obra sino de un entendimiento que delira, de una razon entorpecida y soñolienta, del miserable engaño en la eleccion de los medios por donde desean hacerse famosos los hombres, y del fogoso desenfreno de las pasiones que son las únicas capaces de abortarlo y fomentarlo; prodigio que degrada á los hombres, y á los mayores hombres, haciéndolos inferiores á su misma especie; prodigio en fin digno de que todos lo lloremos, porque ahora es el escándalo de nuestro siglo, y despues será su oprobio y su ignominia.

Segunda consideracion de donde debemos sacar la enmienda y correccion de nuestras costumbres. El milagro de la conversion del mundo es argumento cierto de la verdad de la Religion; luego nuestra Religion es verdadera; luego es verdad cuanto me intima el Evangelio acerca de la importancia de la salvacion, de la terribilidad de los juicios de Dios, de la gravedad del pecado, de la eternidad del infierno; luego es verdad cuanto se dice en el Evangelio acerca del cáliz de furor y de indignacion que tiene preparado el cielo ofendido, para ese hombre sacrílego que vierte y propaga la ponzoña de sus vicios y errores, que está sentado en la contagiosa cátedra de pestilencia; para ese hombre prevaricador que escandaliza; para ese hombre vilmente contemplativo que le aplaude, le incita, le alienta, le apadrina; para ese hombre cobarde y temeroso que disimula, y con su silencio le da nuevas fuerzas: luego es

verdad cuanto me dice el Evangelio acerca de la necesidad de una vida penitente y mortificada, de una vida de oracion y de soledad interior, de una vida modesta y humilde, de una vida de abnegacion de sí mismo, y de una vida de paz y de caridad; luego es verdad cuanto se me dice en el Evangelio acerca de los peligros de las riquezas, y de la grandeza y prosperidad mundana; luego es verdad cuanto se me dice en el Evangelio de lo reprobado y delincuente de una vida de profanidad y lujo, de una vida ocupada en el juego y en amores locos, de una vida entregada á los pasatiempos y á los teatros, de una vida de ambicion y de codicia, de una vida de amor propio y de vanidad, de una vida regalona y ociosa, de una vida mundana é inútil, de una vida de indolencia y de sueño, de una vida que acaso carece de vicios, pero se halla falta de toda virtud; luego es verdad cuanto se me dice en el Evangelio acerca de la repentina venida del Hijo del hombre, que ha de venir cuando ménos lo pensemos, y de la necia temeridad del pecador que dilata de día en día la conversion de su estragada vida, y reduce, por explicarme así, á Dios nuestro Señor á la necesidad de negarle la gracia y el momento oportuno de la contricion.

¡Qué frenesí es el mio, santo Dios, y adónde llega mi locura en gobernarme por otros principios y máximas! ¿Qué seria de mí, si en este instante fuese citado al tribunal divino? y ¿qué sé yo cuándo me citarán á él para ser juzgado segun las leyes del Evangelio! ¿Cuál será pues en adelante mi primer cuidado, mi única ocupacion, sino entrar en el verdadero camino del Evangelio, andar por él y perseverar en él á pesar de las persecuciones del mundo y de la rebeldía de mis pasiones? Pero vista, Señor, mi fragilidad, solo en vos confío y en vuestra gracia. Haced, Dios mio, que esta misma Religion que venció al mundo, triunfe de la resistencia de nuestro entendimiento y de las contradicciones de nuestro corazon, para que siendo ella en este mundo la regla y pauta de nuestros sentimientos y costumbres, sea en el cielo el principio de nuestra gloria y felicidad eterna. Así sea.